

DEMETRIO RODRÍGUEZ OROZCO

Originario de Ciudad Manuel Doblado, Guanajuato, egresado de la Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos” de San Marcos, Loreto, Zacatecas, y de la Escuela Normal Superior “Nueva Galicia” de Guadalajara, Jalisco. Fue discípulo del profesor José Santos Valdés y directivo y maestro de escuelas normales rurales en Durango, Coahuila, Zacatecas, Guerrero y Jalisco. Tiene una reconocida trayectoria como profesor en casi todos los niveles educativos y es autor de los libros *Manuel Doblado, Gto.*, *Añorantes y nostálgicas remembranzas* y *Chiquihuitillo con aventuras de Varita*.

Memorias de un estudiante (fragmento)

Me convertí en la sombra inseparable de Varita, el niño inquieto y travieso de ciudad Manuel Doblado, Guanajuato, siguiendo sus pasos, ahora como joven estudiante en una Normal Rural, para compartirles algunas de las cosas que él me contó:

Sucede que después de haber visto frustrado su intento por ingresar al Internado de Enseñanza Secundaria para hijos de Trabajadores Número 2 “Nicolás de Régules” de Tacámbaro, Michoacán, su padre, no obstante su pobreza como ejidatario de siembra de temporal, no desistió en su empeño de que sus hijos estudiaran. Ahora su hermano Toño y Varita emprendieron otra nueva aventura, se trasladaron al estado de Zacatecas con semejantes vicisitudes a las que afrontaron un año antes rumbo a aquella secundaria; su propósito era participar nuevamente en un examen de selección para lograr una beca y poder estudiar en la Escuela Normal Rural “Gral. Matías Ramos Santos” de San Marcos, del municipio de Loreto. En este segundo intento ansiado por su padre se sentían más seguros que en el del año anterior, pues su benefactor, el maestro J. Jesús Hernández Ortiz, asesor agropecuario que formaba parte de la misión cultural establecida en aquellos ayerés, les repasó en sus ratos libres valiosas clases de español, matemáticas y geometría.

El viaje

Cargando como escudo espiritual la devota bendición de su afligida madre por su partida y bañados con el tibio bálsamo de sus lágrimas en el abrazo de despedida, sus dos hijos mayores, sollozando y suspirando, se separaron de ella la madrugada de un día último de enero. Acompañados de su padre, a las cinco de la mañana abordaron el viejo autobús que los conduciría a tierras desconocidas; sólo llevaban una saca de ixtle, si acaso con dos cambios de ropa de cada uno de los hermanos. En el

traslado de San Pedro Piedra Gorda que, aunque ya hacía medio siglo que por decreto se le asignó el nombre de Ciudad Manuel Doblado, por la fuerza de la costumbre le seguían llamando San Pedro Piedra Gorda, transcurrieron más de cinco horas para llegar a León. Caminaron varias cuerdas para dar con la terminal de los autobuses Flecha Amarilla. Allí abordaron el que los llevaría a la bella ciudad de Aguascalientes, a donde arribaron a las cinco de la tarde. El estado de ánimo de los hermanos era de desasosiego e incertidumbre, causados por la desmañanada, la separación de su familia y de su pueblo –al que sentían cada vez más lejos–, lo cansado del largo viaje, la falta de alimento acostumbrado y el hecho de contemplar lugares desconocidos.

Ya en la terminal de los autobuses de la ciudad hidrocálida, su padre indagó sobre los camiones que los conducirían a Loreto, Zacatecas. La respuesta fue que sólo en tren podrían viajar a ese lugar y le señalaron hacia donde estaba la estación ferroviaria. Lentos pasos los llevaron de poniente a oriente por la amplia y apacible avenida Francisco I. Madero, la principal de la ciudad. En la acera sur por donde avanzaban, admiraban aparadores de gruesos vidrios en diferentes comercios que nada se parecían a las tienditas de su pueblo. Frente a algunos de ellos aminoraban el paso para ver de pasadita lo que allí se exhibía. Embelesados se detenían a contemplar algunas elegantes residencias con espaciosos jardines, brillantes vitrales y atractivas torrecillas que Varita asociaba con los castillos y princesas que imaginariamente ya conocía por los mágicos cuentos de *Las mil y una noches*, que en noches serenas, magistralmente, les contaba su padre junto a los niños vecinos, sentados en el suelo, frente a la puerta de la casa donde vivían.

La tarde se despedía y los edificios de la avenida por donde caminaban, proyectaban paulatinamente su larga sombra en el piso, a medida que el astro rey se aproximaba al ocaso. Al final de la avenida Madero, donde terminaba la ciudad, arribaron a la estación del ferrocarril, cruzaron por un sombreado parque de

elevados árboles en donde se respiraba un ambiente de tranquilidad y frescura. En sus corredores estaban instaladas muchas bancas de gran tamaño hechas de cemento, totalmente cubiertas de miles de pedacitos de platos de porcelana, predominando el color blanco. Algunas estaban colocadas en circunferencia alrededor de las fuentes. Con aquellos trocitos ingeniosamente acomodados, todas las bancas lucían formas de hojas y guías vegetales o círculos florales, en su centro cada una mostraba un medallón ovalado dispuesto en forma horizontal de relativo tamaño, que ostentaba el nombre de la empresa o persona que la había obsequiado. En una de las bancas se sentaron a descansar y a disfrutar de la frescura de aquel paraje. Pocas parejas de jóvenes enamorados cautelosamente disfrutaban de aquel discreto lugar.

La tarde era fría, parvadas de pájaros que parecían tordos piaban en distintos tonos, disputándose un lugar para anidar en las altas ramas de los árboles. En el piso, en torno a los árboles, las aves dejaban huella de su permanente estancia nocturna en dicho lugar, pues se apreciaban blancas manchas de su excremento. Desde donde estaban sentados, padre e hijos, tenían a la vista la estación del ferrocarril.

La estación ferroviaria

Varita no tenía la menor idea de cómo sería una estación de ferrocarril. Le impresionó ver aquel imponente y hermoso edificio de doble planta, color crema con techo de dos aguas, cubierto de tejas rojas y construido sobre un desnivel de más de un metro de altura con respecto del patio frontal de la estación.

Por unas gradas de cemento ascendieron y entraron por una enorme puerta en forma de arco a lo que era la sala de espera. ¡Nadie los esperaba! Varias personas, algunas sentadas en largas e incómodas bancas de madera, otras paradas y unas más deambulando, se encontraban en la amplia sala. Todo era novedad para Varita, cargado de incertidumbre y asombro.

Aseguro que también su padre y su hermano experimentaban el mismo sentimiento que él. Supieron que el tren que los llevaría a Loreto era el que iba a San Luis Potosí y que saldría hasta otro día faltando diez minutos para las ocho de la mañana. Tendrían que esperar más de catorce horas. En el interior de la amplia sala, varias personas se formaban frente a una ventanita para comprar el boleto y esperar el tren que los llevaría a su destino. Padre e hijos salieron de la sala de espera por la puerta oriente, semejante a la anterior, y empezaron a caminar por el amplio andén que separaba la estación de las vías férreas. Muchísima gente se encontraba en ese lugar; estaba por arribar el tren procedente de Ciudad Juárez con rumbo a Ciudad de México. Algunos pasajeros probablemente viajarían rumbo al sur, tal vez otros esperarían a alguien que venía del tren que estaba por llegar. Se escuchaba la algarabía de múltiples comerciantes, de mujeres y hombres que pregonaban sus mercancías: tamales, gorditas, atole, arroz con leche, café, pan de trigo, churros, tortas, dulces, gelatinas, camote tatemado y calentito, miel, paletas, refrescos, manteles, vestidos, servilletas, chalinas, rebozos, cobijas y zarapes de lana, almohaditas para el viaje, cigarros, cerillos, juguetitos de lámina y madera, muñequitas de trapo, de cartón y de sololoy, etcétera.

Su hermano y Varita en realidad no conocían por donde corre el tren ni el ferrocarril, sólo lo habían visto en la película *Vámonos con Pancho Villa*, en un cine ambulante de los llamados “húngaros” que llegaba de vez en cuando transportado en una vieja troca de redilas y proyectado sobre una sábana blanca que fijaban en una de las paredes del Mesón del Refugio que, con su típico empedrado blanco y negro, recibía a los clientes con un fuerte olor a estiércol. Cada concurrente se acomodaba en la silla que llevaba desde su casa.

Varita sentía que su cuerpo se estremecía al ver el movimiento de las imponentes locomotoras de vapor con su larga trompa negra, sus enormes ruedas metálicas y su chimenea

vomitando leves columnas de negro humo, escupiendo hacia los lados rítmicas ráfagas de vapor y llevando en su vientre rojas lenguas de fuego. Máquinas que lentamente se desplazaban de un lado a otro en el patio frente al andén.

A lo lejos se escuchó el silbido del tren procedente de Ciudad Juárez que anunciaba su cercanía. La gente se puso en movimiento con la vista fija hacia el norte, donde dormían sobre durmientes los paralelos rieles, y todos atisbaron el disco luminoso que el tren traía en su frente y del que brotaba un potente rayo que iluminaba el ferrocarril. A medida que se acercaba, los fuertes silbidos, más que silbidos parecían bramidos, retumbaban en toda la comarca. Empezaba a oscurecer. Lentamente el tren, con un ruido ensordecedor, se fue aproximando a donde estaba la gente. Se escuchaba el pausado tintineo de una campana que la máquina traía en su testa; también se escuchaban fuertes resoplidos del aire que salía de unos tubos entre las ruedas y el escandaloso rechinar de éstas al ir frenando sobre los rieles. El tren avanzaba lentamente hasta quedar frente a la estación. De inmediato se escuchaban las fuertes voces de unos señores uniformados con ropa azul marino que, bajando del tren, anunciaban el lugar de llegada. Tiempo después, Varita supo que se les llamaba garroteros y conductores.

Al pasar la máquina frente a los hermanos, a Varita le llamó la atención un señor con cachucha azul y pañuelo rojo en el cuello que, sentado en la parte alta, permanecía en ella y que, por lo gigantesco de aquel monstruo negro, le pareció pequeño. Su padre le dijo que ese señor que miraban sobre la máquina era el maquinista. Por fin, se detuvo el tren y empezaron a bajar personas de diferentes vagones. El estribo de los carros de pasajeros quedaba a nivel del andén encementado. Tan pronto bajaron los pasajeros que venían a esta ciudad, empezaron a subir quienes viajaban rumbo al sur. El descenso y ascenso estuvo vigilado permanentemente por los garroteros. Poco fue el tiempo que permaneció el tren en la estación, suficiente para

que bajaran y subieran los pasajeros y para que los comerciantes ambulantes ofrecieran su mercancía a los que iban de paso y no podían bajar del tren. Personal de los ferrocarriles con linternas de petróleo encendidas daban las señales necesarias para el movimiento del convoy. Se escucharon los gritos de los garroteros que a voz de cuello alertaban con un “¡Vámonooooooooooooo!”. Con aparente lentitud, como mostrando cansancio, el tren, arrastrando su pesada carga y arrojando gruesas columnas de humo, empezó a tomar velocidad y con los estruendosos bramidos con que llegó, se fue. Atónito se quedó Varita contemplando cómo se escondía aquel monstruo en las tinieblas de la noche y con asombro vio cómo el foquito rojo del cabús se diluía en la oscuridad. Con la partida del tren quedó en silencio la estación y sólo se escuchaba el leve ruido de pocos hombres acomodando sus carritos de carga de cuatro ruedas, cerca de la pared oriente de la estación.

Dormir en la estación

El gentío que poblaba este lugar poco a poco empezó a retirarse. Muy pocas personas permanecieron en el andén, al cabo de un rato, algunas ingresaron a la sala de espera que se hallaba casi vacía. En ella permanecieron no más de ocho personas con apariencia de campesinos. Se escuchaba un sordo ruido en los patios de la estación y de vez en vez el fuerte silbido de algún tren que anunciaba su llegada y luego el rechinado sobre los rieles al aplicar los frenos. Un trozo de camote tatemado fue el alimento del día. Los hermanos y su padre se acomodaron en una de las largas bancas con la intención de dormir recargados sobre el respaldo. Acostumbrado a la tenue luz de la llama de un aparato de petróleo que usaba en su casa y a dormir en la oscuridad, la fuerte luz del foco de la sala de espera le impedía conciliar el sueño, a pesar de que el sombrero de palma le cubría el rostro. Con la luz encendida durante tantas horas y escuchando los desesperados e intermitentes ronqui-

dos de algunos pasajeros, la noche le pareció interminable y en su interior rogaba a Dios que pronto amaneciera. La claridad del amanecer alivió su desesperación trayéndole regocijo. Desvelado y friolento se asomó a la puerta que daba al parque y alegre recibió el canto de las aves que, revoloteando sobre las copas de los árboles, saludaban a la alborada.

Padre e hijos salieron al andén de la estación. La mañana era fría y pobre el abrigo de ellos. Llamó la atención de Varita el lento movimiento de dos locomotoras lanzando bocanadas de humo, escupiendo vapor y exhalando ligeros pitidos, algo que sus ojos y sus oídos jamás habían presenciado. Hombres con cachucha y overol de color azul y guantes muy notorios llevaban en sus manos herramientas de trabajo, recorrían las vías y los carros que permanecían parados en el patio recibiendo algunos arreglos. Ya estaba llegando mucha gente y los comerciantes ambulantes ofrecían diversos productos. Desde un día antes no habían probado alimento, la larga noche aumentó su apetito. Unos tamales calientitos y un oloroso atole champurrado en jarro calmaron su hambre atroz, reanimando sus cuerpos.

La carátula del reloj ubicado en el exterior de la planta alta del edificio que ve hacia el patio de trenes marcaba las seis con cuarenta minutos de la mañana. Todavía faltaba más de una hora para abordar el tren que los llevaría a Loreto. Los primeros rayos del sol se filtraban por el follaje de los árboles que estaban más allá de las múltiples vías férreas, proyectándose sobre los muros de la estación, trayendo calor y alegría a los transeúntes. En el andén paralelo a las vías, plataformas y carros de cuatro ruedas cargados con costales, cajas, bultos y baúles eran jalados por hombres y llevados a los lugares donde montarían esas cargas al tren que estaba por llegar. Misma operación de carga y descarga que ya habían observado la tarde anterior al arribar el tren procedente de Ciudad Juárez, Chihuahua.

En el andén estaba un anciano cieguito acompañado de su vieja guitarra cantando con buena entonación: “Amor chiquito,

acabado de nacer, eres mi encanto y eres todo mi querer...”. Gentes caritativas le obsequiaban algunas monedas, también Varita puso en sus manos una moneda de dos centavos.

Viaje en el tren

A las siete y media de la mañana abrieron una ventanita donde vendían los boletos para viajar en el tren que los llevaría a Loreto. Pronto su padre se formó frente a la ventanilla y adquirió los tres boletos que requerían. ¡Por fin llegó la hora de viajar! Varita pensaba: “¿Cómo será Loreto? ¿Quedará muy lejos de aquí? ¿Será tan grande como Aguascalientes?”. El nombre de Loreto le era conocido porque en él hay un fuerte donde el general Ignacio Zaragoza, el cinco de mayo de 1862, ganó la batalla a los invasores franceses, pero, si mal no recuerda, ese fuerte no está en Zacatecas, sino en Puebla... estos y otros pensamientos pasaban por la mente del joven campesino.

Entre gustosos y asombrados, por primera vez subieron al tren al que llamaban “La burrita”, formado por una locomotora de vapor, dos, a veces hasta tres, coches para pasajeros y pocos carros para carga. ¡Qué enorme era el vagón al que entraron!, con muchas ventanas en ambos lados protegidas por vidrios que se abrían hacia arriba. Muchísimas bancas de madera, lisitas, color crema, estaban cerca de las ventanas, situadas en hileras, a cada lado de éstas, acomodadas por pares, dando el respaldo una contra otra, dejando un pasillo en medio. Se percibía un agradable olor a pino. Decenas de hombres, mujeres y niños cabían en él. Algunos pasajeros subían sus sacas o pequeñas cajas a las largas canastillas que se encontraban a lo largo del vagón. Muchos pasajeros vestían a la usanza campesina y con aspecto silencioso miraban hacia afuera. ¡Increíble! Allí en el vagón estaba un cuartito donde se podía hacer del “común” y afuerita había una llave de donde salía agua “para tomar” en alcatraces de papel.

A las siete con cincuenta minutos de la mañana se escuchó un prolongado grito: “¡Vámonooooooooooooos!”. La máquina lanzó unos pitidos y empezó a rodar lentamente, alejándose de la estación.

A pesar de que Varita ya no era un niño, sino un adolescente, su procedencia rural ocasionaba que su capacidad de asombro y fantasía estuvieran aún presentes. A través de los vidrios de las ventanas del vagón vio que las gentes y los edificios de la estación poco a poco se iban quedando en la lejanía. A medida que éste tomaba velocidad, sentía como que iba trotando, y al desplazarse sobre los rieles, le parecía escuchar una rítmica onomatopeya: tzac, tzac, tzac, tzac, tzac, tzac... Su imaginación lo llevó a pensar: “Vamos rumbo a Zacatecas, parece que el tren nos lo está recordando”. Paralelos a la vía, se veían los postes del telégrafo, al igual que los árboles, casas y personas; venían al encuentro del tren y velozmente se perdían en la lejanía. En el carro donde viajaban apareció un señor elegantemente vestido, con uniforme y cachucha azules, pidiendo a todos los pasajeros el boleto que perforaba con un aparatito, en tanto, otros señores, cargando cubetas con refrescos o cajas con dulces, chicles, galletas, etc., ofrecían su mercancía a los viajeros. Pocas personas compraban algo, la mayoría se conformaba con ver las golosinas.

Por lomas, cañadas y angostos valles corrió el enfurecido gusano de hierro, pitando y deteniéndose por breves momentos en las pequeñas estaciones del trayecto para bajar o subir pasaje. Al no resistir la curiosidad y ver a través de las ventanas, Varita vio cómo en algunas curvas del camino la máquina lanzaba leves silbidos y arrojaba columnas de humo negro que, en seguida, como nubecillas, manchaban el cielo y poco a poco se desvanecían. En ese instante vino a la memoria del adolescente un verso de *Suave Patria* del poeta Ramón López Velarde: “el tren va por la vía como aguinaldo de juguetería”.

La cadena montañosa que miraban sus ojos a través de las ventanas era muy distinta a la de su terruño, mas tenía su hermosura. Antes de llegar a Loreto, no lejos hacia el oriente, se apreciaba una cordillera de escarpados acantilados y algunos cerros que se le figuraban paisajes lunares, cuyas desnudas crestas parecían rascar el cielo. De igual manera, una hilera de cerros pelones, cuyas aristas daban la impresión de una caravana de mansos camellos desplazándose hacia el norte, conformaban un panorama para él desconocido. Este novedoso y grato recorrido no le pareció cansado, sobre todo cuando el tren arribó a una estación llamada San Gil, donde se detuvo por algunos minutos y su padre compró unas sabrosísimas gorditas con arroz y chiles rellenos capeados, tan sabrosas que daban ganas hasta de chuparse los dedos. Unas humildes señoras subían rápidamente a los vagones, ofrecían a los viajeros sus típicas viandas de San Gil. Estas gorditas las siguieron consumiendo Varita y su hermano cuando viajaban en vacaciones. Después de un corto trayecto, el tren disminuyó la velocidad y se escuchó el grito del garrotero: “¡Loreeeeeeto!... ¡Loreeeeeeto!”.

Pocas gentes descendieron, entre ellas, los dos hermanos y el padre. Al ver arrancar el tren con el ruido tan característico y perderse en la lejanía, Varita recordó aquel trabalenguas que no supo cuándo ni dónde lo aprendió: *erre con erre: cigarro, erre con erre: barril, rápido corren los carros, los carros cargados del ferrocarril.*

La estación era pequeña, un corto edificio de una sola planta ubicado a un lado de la vía; en nada se parecía a la de Aguascalientes. El gusano de fierro siguió su camino rumbo a San Luis Potosí. Loreto, más que una ciudad, era un pueblo chiquito, con calles muy amplias, bien trazadas y sin empedrar. Desde la estación se miraban las orillas del poblado. A poca distancia estaba el único jardín del lugar, muy grande, con árboles jóvenes y de poca altura. Al sur se pudo ver el templo en

construcción con gruesos muros de piedra y bardas de escasa altura. Al oriente, frente al jardín, un sencillo edificio con grandes letras y un escudo nacional dibujado sobre la pared ostentaba el nombre de Presidencia Municipal.

Rumbo a San Marcos

Los tres salieron rumbo a San Marcos caminando por un ancho camino real. Allí les dijeron que estaba la Escuela Normal. Un frío vientecillo les mordía los cachetes. El paisaje inmediato era semiárido, sólo se apreciaban algunos nopales aislados. Las laderas y las crestas de los cerros cercanos tenían escasa vegetación. Acostumbrado Varita a ver la abundante vegetación y altos árboles de su tierra, la desnudez de esta serranía le pareció muy extraña. Su padre, a poco de andar, se detuvo en la única curva que había en el camino para *calzonear* detrás de unos nopales polvorientos, observando además un suelo rojizo y no lejos de allí dos norias. No resistió la tentación de acercarse a verlas; eran alargadas, le parecieron sepulturas como de un metro de ancho por dos de largo, una muy cerca de la otra alineadas en forma recta, con el agua como a dos metros de profundidad, pozos que se comunicaban en el fondo por medio de un túnel que unía sus aguas. En una de estas norias estaban instaladas dos grandes ruedas de madera que giraban por medio de engranes y aspas. En aquélla estaba montada una cadena continua de cantaritos de barro atados con lazos, todos colocados con la boca en la misma dirección. La rueda horizontal con una lanza hacia el exterior era movida en círculo por un asno; los cantaritos, al sumergirse en el agua, emergían rebosantes del vital líquido que se vaciaba en una canaleta que la transportaba hasta las hortalizas. A poca distancia estaba una humilde casita campesina.

Después de caminar animados por la frescura de la mañana, unos tres kilómetros por el ancho camino real, arribaron a un arroyo seco cubierto de fina arena que se atravesaba en

el camino. A partir de allí se internaron en una hermosísima alameda formada por cuatro columnas de álamos y fresnos perfectamente alineados, aunque desprovistos de su follaje. Entre las dos columnas centrales caminaron por una amplia avenida sin pavimentar, alfombrada de hojas secas, con las que el viento jugaba a ratos, formando ligeros remolinos. Las ramas de ambas columnas de árboles se abrazaban amorosamente formando un prolongado techo que dejaba filtrar tibios hilillos de sol. No se escuchaban cantos de aves, pues con la caída de las hojas habían abandonado sus nidos; sólo se miraban zopilotes asoleándose en la cúspide de aquellos gigantescos álamos.

Grata sorpresa

Al final de la alameda estaba el edificio de la Escuela Normal...

